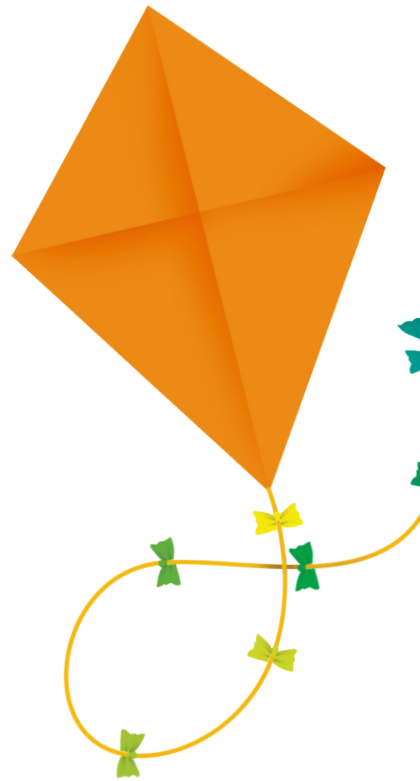


El papalote

Refugio Barragán de Toscano



El papalote

la tarde era deliciosa; tarde saturada de perfumes y delicadas emanaciones: apacible y llena de esos mil deleitosos rumores que esparce el viento para recogerlos más tarde entre sus alas de gasa. Valentín, gracioso niño de tez morena, sonriente y caprichoso, cerró un libro de estampas que tenía abierto, junto al costurero de su mamá, y echó a correr hacia el escritorio donde su buen padre se ocupaba en aquellos momentos de poner en orden unos papeles. El chiquitín se le echó encima, sin más ni más, y le dijo con zalamería.

—Papacito bonito, me vas a llevar al llano para que vuele el papalote que me hizo Anselmo.

— ¿Pero dónde está el viento para que vuelas ese enorme papalote? Le contestó su padre cariñosamente.

—¡Vamos, vamos, papá, Enel campo hace viento, ya lo verás!

—Pero, hijo, si estoy muy ocupado y...

No concluyó la frase porque el niño corriendo, le había dejado con la palabra en la boca, regresando pocos momentos después, haciendo caballo del bastón de D. Antonio y fustigándole con su sombrero.

El buen señor no tuvo otro remedio que acceder a los deseos del rapazuelo. En el zaguán, derecho como la estatua del Comendador, aguardaba Anselmo a su amito con el papalote en las manos. Valentín estuvo a punto de tirar al coloso, al colgarse de sus largas piernas para manifestarle su alegría por aquella obra maestra, cuyo centro ostentaba la redonda cara de un sol rojo circuida de radios simétricos, que él recibió con gran contento.

Una vez en el llano, D. Antonio buscó donde sentarse; y Valentín dio a su papalote toda la cuerda. Pronto aquel pliego de papel envarillado y pintarrajeado evolucionó en los aires, ondulando su nudosa cola.

—¡Mira, papá, decía el chicuelo, que alto sube..! ¡Cómo se balancea! Su sol se ve chiquitito... Vamos, le sopla el viento de la fortuna como al tío de Anselmo. Oye, papá, dijo después de un rato ¿Quieres explicarme qué es eso del viento de la fortuna?

—Sí; recoge tu papalote, y te lo diré.

Obedeció Valentín y fue a sentarse al lado de su padre, quien se expresó de esta manera.

—El vulgo, hijo mío. Llama “viento de la fortuna” a la suerte o buen éxito que corona los negocios emprendidos; pero raciocinado bien, este “viento de la fortuna” no es más que el resultado del tino, la fe y la constancia del trabajo.

Así como el papalote manejado con tacto y prudencia, sube hasta donde se quiere y puede, sin estar expuesto a enredarse en los árboles ni a caer en las azoteas, toda empresa iniciada con la palanca de la fe y llevada a cabo con discernimiento y buen sentido, tiene que dar felices resultados.

Jesucristo decía a Pedro, durante su vida mortal: “Con la fe puedes cambiar los montes.” Yo te digo ahora, con el impulso de la fe, de la probidad y de la constancia en el trabajo, se puede cambiar la suerte.

Pero puesto que el sol aún no se pone y el tiempo es tan bello, voy a referirte dos cuentecillos que te serán útiles.